

presentan, sino que en un nivel de altura mental, académica se subrayan los aspectos fundamentales en los que coinciden o disienten. De ese cotejo intelectual fino, claro, bien apoyado por un conocimiento atinado y reflexivo de sus obras, surge un panorama espléndido en torno de ese siglo de madurez, de solidez espiritual y científica que fue el siglo diecisiete preñado de racionalidad, de universalidad, de conocimientos y de discernimiento en torno del destino del hombre, tema este espinoso pues planteaba no sólo aspectos metafísicos, sino de crueles realidades económicas, políticas y sociales.

Muy sugerentes, y que fuerzan la reflexión, son los capítulos en los que se analiza la realidad y las ideas que en torno del indio se manejaban en aquellos años de conflictivo asentamiento. La contrastada posición que una y otra sociedad mantuvieron frente a los naturales es vista con perspicacia, con luminosa visión. Si la labor catequética entre los protestantes radicaba en la simple conversión, en la Nueva España la evangelización estuvo íntimamente ligada a la civilización. Alicia Mayer subraya que la consideración o apreciación que Mather tuvo hacia los indios deriva de la concepción teológica calvinista, que no hace honor al cristianismo, en tanto que la que sustenta Sigüenza es básicamente social, y yo añadiría cultural.

La idea de Dios, del culto divino y de los santos que ambas colectividades tienen, expresadas por sus dirigentes, son expresiones de su peculiar pensamiento filosófico-teológico, pero son también fruto de valores y elementos culturales muy antiguos, hondos y poderosos. Las concepciones tan diferentes del mundo nórdico, manifestadas por Lutero y Calvino, no se avinieron nunca con las de Ignacio de Loyola ni menos con las de Francisco de Asís. Las concepciones y valores del mundo católico, preñado de ideales clásicos tremendamente humanos, poco se pudieron acomodar con el sentido riguroso, un tanto deshumanizado del calvinismo. La relación actuó saludablemente dentro del catolicismo que en el de los puritanos del Norte. Las reflexiones que en torno de esos temas nos aporta Alicia Mayer son valiosas por su conocimiento de las ideas, manejo de las fuentes y conclusiones que deriva.

Este libro es un garbanzo de a libra, entre los de tipo académico que salen de nuestras aulas; es, además, entre otras cosas, un buen libro por su estilo limpio, claro y hasta galano con que está escrito. Representa una buena elección del tema y un tratamiento del mismo que escapa a la uniformidad y pobreza de numerosos trabajos. A base de una buena estructura, contiene un planteamiento lógico, racional que explica la distribución de los temas, su desarrollo. Las fuentes que lo han nutrido han sido de primera mano, con una lectura directa de las mismas y amplias reflexiones resueltas con el apoyo de múltiples lecturas adicionales.

Ernesto DE LA TORRE VILLAR

Gonzalo REDONDO, *Política, Cultura y Sociedad en la España de Franco (1939-1975)*, I. *La configuración del Estado español, nacional y católico*, EUNSA, Pamplona 1999, 1288 pp.

La cortedad perceptiva que traen consigo los apresuramientos podría llevarnos a pensar, en una primera impresión, ciertamente fugaz y en el fondo poco atenta, que el tomo

primero que acaba de aparecer de *Política, cultura y sociedad en la España de Franco (1939-1975)* es un libro excesivamente denso y difícil de leer (y, tal vez, más aún de reseñar). Se podría, a este respecto, aludir —a modo de prueba de esa conclusión apresurada— a sus 1048 páginas de texto (muchas, en realidad, sobre todo si tenemos en cuenta que se trata además de un libro de gran formato) o a la extensión y abundancia de sus notas al pie. La densidad y dificultad del libro también sería materia deducible de su aparente «ritmo lento»: tantas páginas para relativamente tan pocos años, de 1939 a 1947. Impresión, ésta, de ritmo lento que no haría sino confirmar la consulta del índice general. Ahí nos encontramos con un «desmenuzamiento» verdaderamente concienzudo de incontables cuestiones, practicado al hilo terso, y casi inmisericorde, del calendario. Gonzalo Redondo, Profesor Ordinario de la Universidad de Navarra, se nos revela empeñado en un seguimiento de los temas que aborda, no ya año a año, sino —en el mejor de los casos— mes a mes y, con mucha frecuencia, semana a semana e incluso día a día. La atosigante sombra de la abundancia hallaría en el índice de nombres otro plano de proyección. Por su longitud, de la página 1105 a la 1129. Por la profusión de llamadas que incluye, Alfonso XIII, 39 llamadas; José Luis de Arrese, 44 llamadas; Mussolini, 55 llamadas (cuarenta exactamente menos que Hitler); Alfredo Kindelán, 57; Joaquín Ruiz Giménez, 99; Angel Herrera Oria, 158; Rafael Calvo Serer, 111; y —en fin— Franco, 713 llamadas (es decir, 453 más que Don Juan de Borbón). Amplitud extrema —así pues— del índice de nombres, y no menos extrema la amplitud de la documentación utilizada en la redacción del volumen, a cuya completísima referencia el autor del libro no ha tenido más remedio que reservar 48 de sus páginas.

No conviene forjar nuestros juicios en las primeras impresiones. A poco que nos demoremos en la reflexión, y de este modo seamos capaces de disipar las prisas —para ello el encuentro moroso con el texto parece de grande utilidad y eficacia—, es más que probable que acabemos arribando a unas conclusiones enteramente diferentes de las iniciales. Lo que nuestras primeras impresiones vieron denso y complicado, la calma atenta de nuestra lectura transforma en completo y riguroso. Las cosas —ya lo decíamos al comienzo— no son siempre lo que pueden llegar a parecernos. No incurramos —pues— en lo contrario de lo que en tantas ocasiones nos enseñaron los franceses —hacer del vicio la virtud— e interpretemos la virtud como un vicio.

El tomo primero de *Política, cultura y sociedad en la España de Franco (1939-1975)* es todo un imponente testimonio de buen hacer de historiador, de manejo y análisis rigurosísimo de la documentación, de excelente organización discursiva, de argumentaciones riquísimas, siempre sostenidas y siempre contrastadas, de permanente crítica reflexiva, magistralmente conciliada con el respeto escrupuloso por quienes llenaron, con sus errores y sus aciertos, el espacio público español durante aquellos años. La formidable tenaza crítica mediante la cual Gonzalo Redondo comprime los años 1939-1947 es la consecuencia de un esfuerzo extremado —hasta incluso rozar la obsesión— de respeto y comprensión por los hechos y —en particular— por las personas responsables de esos mismos hechos. ¿Una paradoja? Más bien un ejemplo para historiadores. A todo eso, además, Redondo suma un manejo envidiable del idioma. Esta primera entrega de *Política, cultura y sociedad en la España de Franco (1939-1975)* es un libro escrito «en castellano»; quiero decir, en una prosa limpia y clara. En unos tiempos marcados por el uso impropio del idioma, por la inflación

de los neologismos improprios, y por la terrible lacra de la tecnicización aberrante del lenguaje, el hecho de escribir en castellano no es algo baladí ni que se pueda dar por sentado. *Política, cultura y sociedad en la España de Franco (1939-1975) I. La configuración del Estado español, nacional y católico (1939-1947)* es —en definitiva— el libro de un autor que domina con insultante perfección el *craft* del historiador.

La riqueza de la información que Gonzalo Redondo aporta con este libro —una aportación que se ve sumamente potenciada por la colección de fuentes inéditas, y de primera mano, que en los últimos años se ha ido incorporando al Fondo Histórico documental de la Universidad de Navarra—, la muy extensa amplitud de los temas que aborda, en ningún momento conducen al autor a soslayar la gran cuestión que califica a la Historia —así, en mayúsculas—, y que la distingue de otras formas menores de recuperación meramente anecdótica o —si se quiere «erudita»— del pasado. En el laborar historiográfico de Redondo la cuestión acerca de «qué cosas pasaron» cede todo el protagonismo a la interrogación «por qué pasaron las cosas». O, para decirlo de manera más precisa, lo primero siempre aparece planteado en función estricta de lo segundo. Pero interrogarse por el porqué de las cosas implica —ha de implicar, desde mi punto de vista— cuestionarse los porqués de quienes constituyen el auténtico motor de los acontecimientos, los hombre y mujeres de un determinado lugar, de una determinada época. La Historia, el historiador, ha de contribuir, con toda su modestia —sí, pero también con todas sus fuerzas— al esclarecimiento en lo posible de esas preguntas. Para acometer ese empresa no hay más remedio que fijar los hechos que a esos mismos hombres pasaron de la manera más completa y rigurosa posible. El libro de Redondo constituye una clara muestra de lo que implica esa exigencia: un esfuerzo extremadamente detallado de reconstrucción, en todo momento dirigido al desvelamiento de los porqués.

Es en atención a esos porqués donde surge el tema del tradicionalismo, eje principal en torno al cual se anuda el grueso de la sólida argumentación explicativa elaborada por Redondo. Lo primero, tal vez, que habría que resaltar en relación al tradicionalismo —paradigma explicativo no nuevo, el cual ha sido objeto de amplia atención por el autor en los dos volúmenes de su *Historia de la Iglesia en España (1931-1939)*, I *La II República (1931-1936)*; II, *La Guerra Civil (1936-1939)*, Madrid, Rialp, 1993— es su condición de mentalidad cultural dominante y persistente durante toda la Modernidad entre los católicos en general —aunque no sólo entre éstos—. En segundo lugar resulta asimismo destacable la particular relevancia de esta mentalidad entre los católicos españoles (por mucho que resulte sumamente equívoco —cuando no clamorosamente erróneo— fijarse en esa especial relevancia para ver en el tradicionalismo la manifestación de una peculiaridad específicamente española). En tercer lugar cabría también señalar la particularísima intensidad con la cual se vivió en España dicha mentalidad tradicionalista a raíz del estallido de la Guerra Civil en 1936 o —para ser más exactos— a partir del triunfo militar de Franco en 1939.

Es en atención a este último hecho *circunstancial* —la Guerra y sus profundos efectos físicos y mentales— como podemos atribuir a la historia reciente de España, y más concretamente a los años del franquismo, un sello que le es propio. Pero no en virtud de una supuesta «anomalía española», que eventualmente haría de los avatares españoles la manifestación de una desviación, peculiar e irreductiblemente española, del curso normal de la modernidad europea, sino —más bien al contrario— en virtud de ejemplificar de una ma-

nera especialmente relevante las cuestiones de fondo que esa misma modernidad trajo consigo y —en último extremo— las razones de su misma crisis. La peculiaridad del franquismo no procede de su supuesta anomalía. El interés por su estudio no descansa —por lo tanto— en la simple curiosidad por conocer lo que ocurrió en España durante casi cuatro décadas. Una curiosidad comprensible, dado al menos la relativamente prolongada vigencia de ese régimen, pero escasamente más que eso; esto es, simple curiosidad. No fue ésta una larga época carente de verdadera historia. Si el franquismo, con su precedente más inmediato —y uno de sus principales factores explicativos— la Guerra Civil, contribuyó a introducir una nueva dinámica, sólo hasta cierto punto inesperada, en la historia reciente española, esto mismo no significó que produjera en esa misma evolución histórica un cortocircuito completo. A mi juicio resulta imprescindible ser debidamente consciente de este hecho, y de sus múltiples implicaciones, para abordar con un mínimo de garantías el estudio de estos años. Siendo —precisamente— mediante la tesis del tradicionalismo como Redondo logra, convincentemente, insertar el estudio de los problemas de los españoles durante el período 1939-1947 en el plano mucho más amplio —y asimismo infinitamente más relevante y prometedor— de la Historia Universal o, más concretamente, de la Historia de los dos últimos siglos de este segundo milenio.

El tradicionalismo, así pues, no fue un elemento inmune a la Modernidad. El tradicionalismo se enfrentó, rechazándolo, a aquello que entendió era la Modernidad pero, a pesar de ese rechazo, el tradicionalismo no pudo evitar ser también *moderno*. El tradicionalismo participó de la «convicción moderna» de que la felicidad de los pueblos radicaba en la perfección de sus instituciones. En este sentido, el tradicionalismo también aspiró a reformar, transformar e incluso a modernizar en función de las demandas sociales. Fue por eso por lo que el tradicionalismo —al igual en esto que el liberalismo (y tantos otros «ismos» de la Modernidad)— quiso poner la acción política en manos de los mejores, en manos de quienes creía estaban en mejores condiciones que el *común* de interpretar con mayor acierto lo que en cada momento convenía a la sociedad; olvidándose de que las aspiraciones humanas a la felicidad, por ser precisamente humanas, pertenecen siempre a los hombres concretos, que son sólo éstos los encargados de darles respuestas desde su libertad, y que, por lo mismo, dichas aspiraciones humanas exceden los límites de toda acción política. Tradicionalistas y liberales participaron de un mismo furor por las élites, de una misma desconfianza en el hombre corriente, y de un mismo terror ante las masas.

El tradicionalismo fue una ideología de la modernidad que participó de su profundo elitismo. La cual —no obstante— se distinguió de otras por ser una solución basada en la trascendencia; esto es, en la afirmación de la existencia de un Dios creador, de unas normas morales objetivas, reveladas en una fe y explicitadas en un cuerpo doctrinal coherente. De ahí la amplísima proyección de esta ideología política en las respuestas culturales de los católicos durante décadas. Si el tradicionalismo —ya lo hemos dicho— no fue una especificidad española, fue sin embargo España —la España de 1939 en adelante— uno de los lugares donde se vivió con mayor radicalidad. Así, como apunta Redondo, en la España de entonces, «no se trataba ya, como tiempo atrás, de teorizar sobre esa posibilidad cultural o anhelarla, sino de su aplicación decidida, para que no volviera a perderse lo recuperado con tanto esfuerzo y a costa de tanto dolor».

El drama de la Guerra Civil como argumento —y, en parte también, como razón de ser— de una radicalidad tradicionalista. Pero el tradicionalismo asimismo como punto de encuentro entre Franco y sus colaboradores. En la exigencia de consolidar lo conseguido en la Guerra Civil no dudó nadie. En este sentido —insiste Redondo hasta la extenuación— «cuantos se integraron en la vida pública española fueron convencidos franquistas; es decir, tradicionalistas culturales».

De esa vida pública llaman la atención algunas cosas. Entre otras, sus límites estrechos —obvio en un régimen siempre autoritario que, además, fomentó en todo momento un severo, afirma Redondo rotundamente, «agarrotamiento social»— pero no lo suficiente como para reducir esa vida pública a la condición de coto exclusivo de una camarilla dirigente ínfima y, sobre todo, monolítica. Mucha luz arroja Gonzalo Redondo en este capital asunto cuando se refiere a una suerte de «oligarquía de hombres liberales, de tecnócratas de la política —los abogados del *Estado* entre otros— e intelectuales y escritores románticos», al señalar la cantera humana de la cual se nutrió el franquismo. Los colaboradores de Franco procedieron de distintos sectores socio-profesionales del país. Constituyeron una élite política carente de genuino respaldo social. Pero no se trató estrictamente hablando de una élite estrechamente monolítica. Precisamente, la ausencia de una élite monolítica fue lo que explica que el régimen franquista, a pesar de su autoritarismo, no careciera de una vida política constante e incluso, en ocasiones, tremendamente intensa. El libro que comentamos nos proporciona unas pruebas constantes y fehacientes de ello.

La constatación de una actividad política peculiar dentro de los márgenes de un régimen autoritario, como fue el régimen de Franco, no es algo completamente nuevo. Autores como Juan José Linz o Javier Tusell, entre otros, ya atribuyeron al franquismo el carácter de un pluralismo limitado. Redondo prefiere la expresión de coalición franquista, concepto del cual se vale para someter a una profunda y oportuna revisión aquello que se denominó el Movimiento Nacional. La unidad en el seno del Movimiento Nacional fue siempre absoluta. Y todos los que se integraron en la vida pública española durante el franquismo pertenecieron al Movimiento. Los límites de la vida política del franquismo quedaron, pues, firmemente trazados por el Movimiento Nacional. Lo cual no significa que dentro de esos límites no quedase espacio libre para los conflictos, e incluso para las tensiones políticas. De hecho esos conflictos se produjeron, aunque se tratase de un enfrentamiento —precisa nuestro autor— «aludido habitualmente a través de *metáforas*». Es evidente que esa vida política regulada —y muy habitualmente «auto-regulada»— tuvo mucho de *extraviada*. Como señala Redondo, ya que «en la España de Franco no se pudo tratar lo que realmente importaba —el futuro normal, en paz y libertad, de España y de los españoles— con frecuencia se tuvo que recurrir a hablar de otras cosas, aunque todos —es decir, los directamente interesados— supieran casi siempre de qué estaban hablando. No tener esto en cuenta puede llevar a no comprender nada; o muy poco».

La Guerra Civil fue una gran tragedia. Seguramente por muchos pudo ser vista como un fracaso histórico. Otros muchos —sin embargo— fueron los que la interpretaron como el punto de arranque de un futuro esplendoroso. Para ello, para que esas entusiastas expectativas se cumplieran, era imprescindible mantener para siempre, perpetuar sin condiciones, la unidad de mando que había hecho posible la victoria. Franco —y ciertamente no sólo él—

nunca dudó de que ese era el camino a seguir. En ese viaje contó durante años con el inestimable apoyo del culturalismo católico español que, al margen de las terribles experiencias vividas durante la guerra (terribles para los católicos y terribles también para tantos otros), demostró de paso cuán fuerte era su mentalidad tradicional. También contó Franco en su larga marcha con la asistencia de un sector nada desdeñable de las minorías preparadas del país, de las clases medias cualificadas, desde tiempo atrás cultivadas en las virtudes meritocráticas y en la necesidad de la «revolución desde arriba». A los primeros, Franco les aseguró la unidad católica de España —en la cual él mismo firmemente creía—. A los segundos, Franco les garantizó las condiciones que no habían logrado asegurar ni la Monarquía liberal, ni la dictadura militar de Primo de Rivera, ni la República democrática; esto era, la no interferencia de las masas. Eso fue suficiente. «El pueblo español, en su conjunto —apunta Redondo a este respecto—, nunca planteó mayores problemas a Franco. Se podrá considerar esto suerte o desgracia; en cualquier caso así sucedieron las cosas».

Álvaro FERRARY

Daniel ROCHE, *France in the Enlightenment*, Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1998, 723 pp.

John McMANNERS, *Church and Society in Eighteenth-Century France*, I: *The Clerical Establishment and Its Social Ramifications*; II: *The Religion of the People and the Politics of Religion*, Clarendon Press, Oxford 1998, 817 + 866 pp.

El libro de Daniel Roche, publicado en 1993 con el título *La France des Lumières*, aparece ahora traducido con eficaz elegancia por Arthur Goldhammer, ofreciendo un vasto panorama y una visión sinóptica de la civilización francesa en el siglo de las Luces; el de John McManners en dos sólidos volúmenes, nos regala con un análisis poco menos que asombroso de la Iglesia católica y de la vida religiosa de cuatro generaciones de franceses en el mismo siglo. Los dos representan lo mejor de la investigación historiográfica más reciente y están destinados a ser clásicos. Con casi dos mil páginas de texto, no son cosa de fin de semana, pero ningún estudiante del siglo XVIII puede ignorarlos.

Varias generaciones de historiadores han estudiado ese siglo en Francia buscando sobre todo los orígenes de la revolución de 1789, es decir, como si toda la centuria fuera un prelude a los acontecimientos que sacudieron el país como un terremoto brutal. Este punto de vista, por muy lógico y urgente que parezca al menos a primera vista, limita el correcto entendimiento de la época en sí misma, en su esencia y energía propia. La más reciente historiografía francesa evita esa perspectiva y el libro de Roche, eminente conocedor de la época, ofrece una sinopsis formidable y fascinante de la historia cultural de la Ilustración. Por su parte, el historiador inglés McManners, que ha dedicado toda su vida al estudio de la Iglesia en Francia durante esas generaciones «ilustradas», presenta un amplio y minucioso retrato de la vida eclesial y religiosa.